

CUENTOS



Cartas de 1930
(cuento de casi ayer...)

«Queridísima Julia:

Antes que nada, y para que no se me olvide, ¡te quiero, te quiero, te quiero!... Y ahora, más tranquilo, quiero decirte que el viaje fue muy bueno y la jornada aquí, intensa. Hace poco que hemos acabado de cenar, y ya estoy en mi habitación, que también es excelente. Ya te contaré peripecias de nuestro trabajo; pues en estos momentos lo que importa es, si no estar juntos, sí unidos por el pensamiento, aunque nos separen tantas leguas de distancia...

Me han dejado una novela, Un grito en la noche, de Pedro Mata, que me anticipan que es un poco atrevidilla; pero no creo tenga tiempo ni para hojearla. Estoy bastante cansado, aunque, no has de dudarlo, no tanto como para dejar de escribirte.

¿Cómo están los niños?... Los llevo constantemente en la memoria, como a ti, mi amor. Espero que no sean demasiado traviosos, que no te causen preocupaciones... De esta ciudad, ¿qué podría contarte? Que es muy bonita, con preciosas plazas y calles amplias, llenas de gente a todas horas. Tiene, entre otras

cosas, un hermoso parque, un gran casino, un hermosísimo teatro y dos o tres cines casi nuevos. En el teatro representaban hoy una obra de Manuel Linares Rivas, y mañana, según he oído, viene una compañía de revistas con Conchita Leonardo a la cabeza. (¡Cómo le gustaría verla al tío Manuel, que es tan tunillo!). En los otros locales ponen una película norteamericana de Gary Cooper y una española de ambiente andaluz, que debe ser muy graciosa... Pero no sé si podré ir a ningún espectáculo; francamente, no me apetece más que cumplir con el programa de montaje de la fábrica y volver pronto a vuestro lado. Ya lo iremos viendo.

Sí, Julia mía; cuando se está lejos de los nuestros, en este caso de vosotros, es cuando más apreciamos lo que tenemos y estamos perdiendo. Para mí, ya lo sabes, tú y los niños sois lo primero, lo único, lo esencial de la vida. Es una bendición comprobar cómo estáis tan dentro de mi corazón, en el que no sé cómo os habéis metido tanto, hasta lo más recóndito, hasta las mismísimas raíces... ¡Oh Julia!... ¿Te acuerdas mucho de mí?... Yo no lo dudo ni un instante; porque como calibro tu cariño por el mío, estoy seguro de que me quieres muchísimo, enormemente, insuperablemente... Me parece que he llegado a la conclusión de que no soy nada para mí mismo, que no soy una persona independiente, sino parte de vosotros; de ti, Julia, y de nuestros hijos... ¡No puedes imaginarte cuánto gozo sintiéndome así, tan integrado en vuestras existencias!...

Mañana, Dios mediante, y como tendremos unas horas de ocio, daré por ahí una vuelta para compraros cualquier chuchería;

será menos de lo que yo quisiera y vosotros merecéis, pero ya sabes que apenas dispondré de dinero sobrante... El director nos ha anunciado que estaremos diez o doce días, no más. Por tanto, te iré escribiendo... otras diez o doce veces, y preferentemente cuando esté ya en mi dormitorio (que es muy confortable y completo de servicios), en las horas más bellas y anheladas para mí, porque son las de comunicación directa contigo... Al final, cuando sepamos la fecha exacta de nuestro regreso, te pondré un telegrama anunciándote mi llegada. Tal vez será cuando esté todo ultimado, y para no volver. Ojalá podamos coger el rápido que pasa por ahí al mediodía, y así podréis salir a la estación a esperarme... ¡Qué momento tan esperado, Julia mía!... ¡Qué besos y abrazos os voy a dar!... No sabes las ansias que tengo de ti, de estar a tu lado, y mirarte a los ojos y oír tu voz... y recibir, también, una de tus regañinas cuando ensucio de barro el portal porque no me acuerdo de limpiarme las suelas de los zapatos en la alfombra... Todo eso, todos los detalles de nuestro diario vivir, ¡qué color cobra ahora mismo, cuando no palpo, cuando estamos tan alejados por la geografía y es como una ensoñación!

Comprendo como nunca lo bueno, lo grato, lo encantador que es todo lo de nuestra casa, de nuestro hogar, de nuestra familia... Estoy convencido de que soy el hombre más dichoso de los nacidos; más que los reyes, más que los grandes señores que vemos en el Blanco y Negro o en el Mundo Gráfico; más que nadie, que nadie, ¡que nadie!... Pondría yo un puesto de felicidad en el mercado público y tendría mercancía para vender

a todas las criaturas de la Tierra... Mira, no estaría mal hacerlo, ¿verdad, Julia? Y eso, después de quedarme con esa grandísima parte que vosotros me deparáis y que no espero que jamás se agote... ¡Claro que no!

Ya, sí, amor; ya me va venciendo el sueño... Pero como todavía estoy vestido, cuando concluya la carta la bajaré a Recepción, y de este modo podrá salir en el primer correo de la mañana. El personal es muy complaciente, están todos muy acostumbrados a tratar con los viajeros; ya me lo tienes dicho. Si no fuera por vosotros, que tanto os necesito, en el hotel se pasa admirablemente. Suelen alojarse hasta extranjeros. Es un macizo edificio de cuatro plantas, situado en la calle Mayor, y casi nuevo, pues fue inaugurado hace apenas dos años. Hay otros dos en la ciudad, pero éste les supera, por lo que hemos de agradecer a la empresa tamaña diferencia. Supongo que cada uno le costaremos un puñadito de duros... Ojalá en alguna otra ocasión, y ya sin preocupaciones profesionales, gocemos tú y yo el lujo de venir por aquí... Por cierto, que entre cuatro hemos adquirido un billete de lotería de cincuenta pesetas; pues el próximo sorteo es de a duro el décimo, y no nos queda más que encomendarnos a tu Santa Rita o a tu San Pancracio, o a quien creas más milagroso, para que caiga el gordo... Y si no es con la lotería, ahorrando un poquitín. Con mil pesetas nos daríamos unas vacaciones de aúpa... ¡Anda, empieza a rezar!... ¿Cómo andáis de temperatura?... Aquí es muy bonancible, como si estuviéramos en primavera; no he tenido que ponerme el abrigo, y a ratos hasta me ha estorbado el

chaleco. Dicen que rarísima vez nieva en estas comarcas... Sin duda les extrañaría cómo nosotros estamos, en estos meses, dale que dale a la badila, arrimados al brasero... Y es que España es muy extensa, y hay terrenos de todas clases. Pero, como supondrás, yo encuentro mucho más calor en el nuestro, porque estamos juntos... He leído que un filósofo sentenciaba que el amor fundamental viene del amor entre los esposos y de los esposos. ¡Seguro que no está soltero este buen hombre!...

Y es bien cierto, Julia de mi alma. Porque puede haber otro tipo o forma de amor; pero el esencial, el amor creador, digamos, es el que existe en el matrimonio, el que se extiende al de los hijos que Dios envía. ¡Como el nuestro, Julia mía, que podrá ser el de otros en nuestro caso, pero que yo atribuyo a un milagro del cielo!... ¡Cómo no vamos a creer en los milagros, si en nosotros mismos tenemos la más clara evidencia de que son verdad!

Estoy mirando el reloj, y me asusto de la hora que es... Ya no es hoy, es mañana. Poco podré dormir, pero menos mal que tendremos un descanso en la próxima jornada. La carta tiene ya cuatro páginas; que se me han pasado, como el tiempo, en un soplo. Y es que hablando contigo y pensando en ti, en vosotros, los minutos y las horas se pasan sin sentir... ¿Te acuerdas de las cartas que te escribía cuando hacía el servicio militar? Eran tan largas como esta, y a lo mejor iban saturadas de la misma ilusión... Hacía pocos meses que éramos novios... ¿Cómo fue aquello de hacernos novios?... Te abordé en el parque; ibas con tus amigas, y te dije:

—¿Puedes concederme un momento?

—Sí, —contestaste, y te alejaste conmigo.

—Te quiero, Julia, y deseo que seamos novios.

—Si vienes con buenas intenciones, acepto... Si no, nada.

Y desde entonces fuimos novios, y poco después hube de irme a la mili, que es cuando te di el primer beso, que aún no sé si cayó en tus labios, o en un ojo, o en una oreja... ¡No te rías! Ya termino, ya termino... Con esta carta, en estas líneas, y con toda mi alma y toda mi ilusión enfebrorada, que es tanta como la del noviazgo, si no mayor todavía... Da un fortísimo abrazo a todos, da miles de besos a los chicos, y, para ti, señora Doña Dulcinea del más dichoso de los caballeros andantes, todo el amor de los amores del que es capaz tu Ricardo.

P.D.: ¡Te quiero, te quiero, te quiero!...